

Un estremecimiento por todo el cuerpo, una sensación de intenso frío, lágrimas en los ojos; esto es lo que más tarde recordó Wálter que había tenido al escuchar el relato de John Carker.

Luego Wálter vió á éste sentado á su pupitre, tan silencioso, decaído y humilde como antes. Le observó en su trabajo y comprendió que evidentemente había resuelto no volver á conversar con él: entonces comenzó Wálter á pensar en todos aquellos acontecimientos que en tan poco tiempo se habían desarrollado. No se trataba únicamente de la historia de ambos Carker, sino de aquella orden de marchar á las Indias occidentales, de tener que separarse de su tío Solomón y del capitán Cuttle, de no volver á encontrar á Florencia — no, no Florencia, sino Pablo, quiso decir en su mente, — renunciar, en fin, á todo lo que en el curso de su vida le inspiraba amor, cariño, afecto.

Pero era cierto: en poco rato se había divulgado por la oficina, hasta la entrada. En efecto, mientras Wálter, con el corazón entristecido, los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, pensaba en todo aquello, Perch, el mozo de almacén, bajó de su peana de caoba, se acercó á Wálter y dándole una palmadita en el codo le dijo al oído que le dispensase, pero que, cuando estuviera en su destino, se sirviera remitirle un tarro de jengibre, que no fuera muy caro, pues serviría mucho para que su mujer, próxima á dar á luz, recuperase fuerzas.

## CAPÍTULO XIV

PABLO, CADA DÍA MÁS AVIEJADO, VA Á PASAR LAS  
VACACIONES EN SU CASA

Cuando las vacaciones de verano se aproximaban, no se complacían en manifestaciones ruidosas los distinguidos y apacibles jóvenes en casa del doctor Blimber reunidos. No conocían la violenta expresión de ¡vámonos! que hubiera sido impropia de un centro de instrucción tan selecto. Los jóvenes pasaban en su casa la temporada del estío, pero no se iban á ellas, como si dijéramos, escapados; no había tal cosa.

Tozer, que estaba constantemente despellejado y atormentado por el corbatín blanco almidonado, conforme á los expresos deseos de mistress Tozer, empeñada en que su hijo siguiera la carrera eclesiástica y en prepararle á ella con tiempo, Tozer decía que, en efecto, si le fuera posible escoger entre dos males mejor que ir á su casa, preferiría quedarse en el colegio. Y esta declaración era sincera, por más que aparecía contradicción con el discurso del mismo Tozer sobre las vacaciones, por aquellos días compuesto, y en el que decía que « la idea del hogar doméstico despertaba en su mente placenteras emociones y es-

peranzas de dicha » y en el que se comparaba á un general romano, que luego de vencer á los icinios ó cargado de despojos cartagineses, volviera victorioso al Capitolio — el cual, para el caso y por exigencias de la comparación, no era otro que el domicilio de *mistress Tozer*. Á la verdad, el joven *Tozer* tenía un tío de lo más temible, que no sólo se complacía en someter á su sobrino á un detenido examen sobre las materias más abstrusas durante el periodo de vacaciones, sino que de propósito embrollaba los hechos más sencillos para que su sobrino los aclarase luego. De modo que, si su tío con pretexto de distracción, le llevaba al teatro á ver un gigante, un enano, un mago ú otra curiosidad semejante, pronto se hacía cargo *Tozer* de que su tío había leído algunas obras para el caso; de modo que siempre salía con él en estado de mortal aprensión, discurriendo cuáles serían las dificultades que se vería obligado á vencer ó qué autoridades habrían de volverse contra él, para confundirle.

En cuanto á *Briggs*, su padre no andaba con tantos artificios. No le dejaba solo un momento. Tan numerosas y severas eran las pruebas intelectuales á que se veía sometido este joven durante el tiempo de vacaciones que los amigos de la familia (la cual residía entonces en *Bayswater*, Londres), cuando se aproximaba al ornamental estanque de *Rensington-Gardens*, experimentaban la vaga inquietud de encontrar el sombrero del joven *Briggs* flotando en la superficie de las aguas y una composición escrita, sin concluir, arrojada á la orilla. De manera que *Briggs* no se entusiasmaba gran cosa con la idea de vacaciones. Los dos compañeros de Pablo en el dormitorio del colegio, eran ejemplo de lo que á todos los demás

jóvenes acaecía: los más alegres se limitaban á esperar el período festivo con una elegante resignación.

No le pasaba lo mismo á Pablo. Al concluir las vacaciones tendría que separarse de *Florenzia*, pero ¡quién piensa en el término de las vacaciones cuando aún no habían empezado! No era, seguramente, Pablo. Á medida que se acercaba el tiempo alegre, los tigres y leones rampantes por los empapelados de su cuarto iban perdiendo su fiereza y se amansaban. Aquellos rostros que hacían muecas en los cuadros y trazos poligonales de la alfombra, le miraban con ojos más benévolos. El severo reloj del vestibulo le preguntaba por su salud con muestras de mayor interés personal y si el mar se agitaba á las altas horas de la noche, con melancólicos esfuerzos, agradábale el ruido de las olas, como si éstas le mecieran invitándole al sueño.

*Mister Feeder B. A.*, también estaba persuadido de que las vacaciones le convenían mucho. *Toots* por su parte imaginaba una vida de vacaciones prolongadas más allá de la fecha fijada; pues conforme comunicaba á Pablo con regularidad todos los días, aquel era su « último medio » sobreentendido « año » de estancia en casa del doctor *Blimber*, pasando en seguida á disfrutar de sus bienes y rentas.

Estaba perfectamente comprendido, entre Pablo y *Toots*, que eran íntimos amigos, no obstante la distancia de edad y posición social que los separaba. A medida que las vacaciones se acercaban *Toots* resoplaba con más fuerza y miraba más á menudo y por más tiempo á Pablo; éste comprendía que *Toots* manifestaba de aquella manera su sentimiento por la próxima separación y le agradecía mucho su patrocinio y la buena opinión que de él había formado.

Bien había sido comprendido por el doctor Blimber, su señora y su hija, así como por todos los alumnos del colegio, que Toots se consideraba, en cierto modo, protector y guardián de Pablo: tan evidente llegó á ser hasta para mistress Pipchin que esta excelente criatura concibió pensamientos de rencor y de ira contra Toots. Así, no le designaba, en el santuario de su hogar, más que con el nombre de « el zanguango ». El pobre Toots no se había enterado de aquella malquerencia; bien es verdad que no se enteraba de nada. Al contrario, se le figuraba que mistress Pipchin era una señora de superior talento, de notable carácter, muy digna de interés en todos conceptos. Resultado de esto era que cuando mistress Pipchin venía á visitar á Pablo, se complacía Toots en salir á su encuentro, sonreírle amablemente y preguntarle con toda urbanidad y una porción de veces cómo estaba, hasta que, al fin, una noche mistress Pipchin le contestó con ira que no estaba acostumbrada á que la trataran de aquel modo y que no lo toleraría ni de él ni de ningún otro títere de su especie. Toots se retiró entonces asustado, se escondió en un rincón y ya no volvió á presentarse delante de mistress Pipchin bajo los techos del doctor Blimber.

Dos ó tres semanas antes de las vacaciones Cornelia Blimber llamó á Pablo á su cuarto y le dijo:

— Dombey, voy á remitir á su casa el análisis acerca de usted.

— Muchas gracias, señora; — contestó Pablo.

— ¿Sabe usted lo que significa eso? — preguntó miss Blimber mirando á Pablo fijamente á través de sus gafas.

— No, señora; — dijo Pablo.

— ¡Dombey, Dombey! — exclamó miss Blimber. —

Me estoy temiendo que sea usted un mal muchacho. Cuando no entiende usted una expresión ¿por qué no pregunta?

— Me ha dicho mistress Pipchin que no se debe hacer preguntas.

— Hágame usted el favor de no mencionar á mistress Pipchin por ningún concepto; — repuso miss Blimber. — Se lo prohíbo terminantemente. El curso de nuestros estudios no tiene relación alguna de ese orden. La repetición de semejantes alusiones me obligaría á imponer á usted la repetición, antes de almorzar, mañana temprano, desde *Verbum personale* hasta *simillima cygno*.

— No lo sabía, señora; — dijo tímidamente Pablo.

— No me venga usted con « no sabía », si usted gusta; — replicó miss Blimber que guardaba formas corteses hasta en sus reprensiones. — Esa es una manera de argumentar que no se puede permitir.

Pablo pensó que, en este caso, lo mejor sería no decir nada. En consecuencia se calló, limitándose á contemplar las gafas de miss Blimber. Esta movió la cabeza gravemente, y cogió un papel que tenía delante.

— « Análisis del carácter de P. Dombey. » Si mi memoria no me engaña; — dijo miss Blimber interrumpiendo la lectura; — la palabra análisis, como opuesta á síntesis, se define diciendo que es « la resolución de un objeto, sea sensitivo, sea intelectual, en sus primeros elementos ». Observe usted que digo análisis en su opuesto á síntesis. Ahora, Dombey, ya sabe usted lo que quiere decir análisis.

Pablo no dió muestras de quedarse absolutamente deslumbrado por el resplandor intelectual de miss Blimber, pero hizo un saludo de inteligencia.

— Análisis — prosiguió miss Blimber tornando á la lectura — del carácter de P. Dombey. Hallo que la capacidad natural de Dombey es sumamente buena y que su disposición general para el estudio puede establecerse en igual proporción. De modo que tomando como punto máximo el número ocho considero que las cualidades de Dombey alcanzan la cifra seis y tres cuartos.

Miss Blimber se detuvo para ver qué efecto producía en Pablo esta noticia; pero no sabiendo si aquellos seis y tres cuartos eran seis libras y quince chelines, ó seis peniques y tres cuartos de idem; ó seis desconocidas cosas con sus tres cuartos no menos ignorados, Pablo se restregó las manos y se quedó mirando á miss Blimber. Felizmente esto equivalió á la mejor réplica que pudiera habersele ocurrido: y Cornelia siguió diciendo:

— Violencia, dos. Amor propio, dos. Inclinación á tratar gente baja, demostrada en el caso de cierto individuo llamado Glubb, primeramente siete, pero luego ha habido reducción. Modales distinguidos, cuatro, con tendencias á mejorar á medida que adelante en años. Ahora llamo particularmente la atención de usted, Dombey, sobre la observación general con que termina este análisis.

Pablo se dispuso á escuchar con gran cuidado. — Como observación general respecto á Dombey puede decirse — continuó miss Blimber alzando algo la voz y mirando de cuando en cuando á Pablo para ver el efecto que le producía la lectura — puede decirse que su capacidad y sus inclinaciones son buenos y que ha realizado todos los progresos que podían esperarse, vistas las circunstancias. Pero es lamentable que un joven tan distinguido como él tenga esa

singularidad que consiste en parecer lo que comúnmente se llama un vejete así en su carácter como en su conducta y es muy sensible que aunque sin dar lugar á censuras bien determinadas, sea por momentos tan diferente de los demás jóvenes de su edad y posición social. — Y ahora — concluyó miss Blimber dejando el papel — ¿ha comprendido usted?

— Sí, señora; — contestó Pablo.

— Este análisis, como usted ve — dijo miss Blimber — será remitido á su señor padre. Naturalmente le afectará mucho saber que es usted tan singular en su carácter y conducta. También á nosotros nos afecta porque esto nos impide, como usted comprende, quererle tanto como sin esta circunstancia le querriamos.

Decir esto era tocar en el punto sensible del niño, pues siempre había tenido el secreto deseo de conseguir que le quisieran y más al acercarse el momento de las vacaciones. Por un motivo que apenas se explicaba del todo, iba sintiendo afecto por las personas que le rodeaban y se iba acostumbrando también gratamente al medio en que se hallaba. Así, no podía permanecer indiferente á la idea que no se le echase de menos luego que se fuera: quería que se acordasen de él con gusto y en este orden de propósitos hasta procuró que le tomase cariño un perrazo gruñidor, atado á espaldas de la casa y que al principio había sido el terror de su vida: y esto únicamente para dejar hasta en el animal buenos recuerdos.

Y sin darse cuenta de que con esto mismo acreditaba una vez más la diferencia entre él y sus compañeros de colegio, el pobre Pablo explicó, lo mejor que pudo, sus pensamientos á miss Blimber, rogándola que á pesar del análisis oficial hiciera lo posible por quererle. Hizo la misma petición á mistress Blimber,

que entró en aquel momento en el cuarto, y como ésta no pudo menos de repetir en su presencia que era un niño aviejadito, el muchacho contestó que era muy cierto, pero que al parecer la causa de ello residía en sus huesos, aunque no lo sabía de fijo, y esperaba que se lo perdonara, porque tenía cariño á todos.

— Aunque no tanto — añadió Pablo mezclando la timidez con la franqueza, lo que era su condición más peculiar, — no tanto como á Florencia, por supuesto; eso no es posible. No me pedirá usted esto, ¿verdad, señora?

— ¡Oh, qué niño más raro! — exclamó mistress Blimber en voz baja.

— Pero tengo mucho cariño á todos — prosiguió Pablo, — y me daría mucha pena que, después de marcharme, quedase alguien contento de ello ó no le importara siquiera.

Mistress Blimber se persuadió completamente de que Pablo era el niño más aviejado del mundo, y cuando le refirió al doctor lo sucedido, no la contradujo éste; lo que hizo fué repetir lo que ya había dicho al principio, esto es, que los estudios cambiarían á Pablo, añadiendo como en aquella ocasión: hay que apretarle, Cornelia, hay que apretarle.

Cornelia le había apretado siempre cuanto podía; Pablo había trabajado, bajo su dirección, de una manera dura. Pero, además de su deseo de cumplir con sus deberes de estudio, Pablo tenía otra preocupación, que era la de ser un camarada afable, servicial, tranquilo, merecedor de la adhesión y afecto de los otros; por esto, aunque aún se le veía, lo mismo que en los primeros tiempos, sentarse en la escalera ó contemplar las nubes ó las olas desde su solitaria ventana, se le veía también, y más á menudo, junto

con sus compañeros de estudio, modestamente, ocupado en prestarles algunos pequeños servicios. Y así sucedió que, aun entre aquellos rígidos y jóvenes anacoretas que se mortificaban á sí mismos en casa del doctor Blimber, llegó á ser Pablo objeto de interés general, un frágil juguete al que todos querían y al que nadie se hubiera atrevido á tratar con dureza. Pero no podía cambiar de naturaleza ni reescribir su análisis; todos tenían entendido y juzgado que Dombey era lo que comúnmente se llama un niño viejo.

Sin embargo, gracias á este mismo carácter, disfrutaba de no pocas inmunidades que en nadie más que él se permitían. Por de pronto, á ningún otro niño de su edad se le hubieran permitido tantas confianzas; cuando todos entraban á dar las buenas noches al doctor Blimber y familia, ninguno hacía más que saludar atentamente; pero Pablo se permitía dar su manecita al doctor y lo mismo á mistress Blimber y á Cornelia. Si se trataba de abogar por algún castigado, Pablo era el encargado de la embajada. El criado cortó de vista hubo de dirigirse á Pablo pidiéndole que interviniese á favor suyo un día en que rompió unos vasos y porcelanas. Por último, hasta se decía que el mozo de comedor, dejándose llevar de ternura, jamás imaginable en él por alumno ninguno, había llegado á servirle cerveza porter, mezclándola con la ordinaria, y con propósito de fortalecerle.

Pero, al lado de estos principios, tenía Pablo el de entrar libremente en el cuarto de mister Feeder, de donde sacó en dos distintas ocasiones á Toots, enteramente mareado por haber querido fumar un mal cigarro; y eso que era de un mazo que este joven

había comprado á un contrabandista que se decía perseguido y que confidencialmente le reveló que se había puesto á precio su cabeza y que se daban doscientas libras por ella en la Aduana. La habitación de míster Feeder era un gabinete muy lindo, con una alcoba donde estaba la cama, que cabía justa. Encima de la chimenea se veía colgada una flauta, no porque Feeder supiese tocarla, sino porque tenía intención de aprender. Había también en el cuarto algunos libros y una caña de pescar; tampoco quería decir esto que míster Feeder saliese de pesca; pero tenía el propósito decidido de aprender á pescar cuando se lo permitieran las circunstancias. Con el mismo propósito había reunido míster Feeder una bonita y retorcida trompa de caza, un tablero de ajedrez con sus piezas, una gramática española, una caja de dibujar y un par de guantes para pugilato. En efecto, míster Feeder estaba muy resuelto á aprender el arte de defenderse, que él consideraba como utilísimo, así para defenderse á sí mismo de cualquier ataque, como para salir á la defensa de alguna mujer que se hallare en peligro.

Pero el gran objeto en posesión de míster Feeder era un gran tarro verde para guardar tabaco en polvo; era regalo de Toots, hecho al fin de las vacaciones precedentes; lo había pagado á un alto precio, porque auténticamente, claro está, perteneció el tal cacharro al Príncipe Regente. Ni Feeder ni Toots podían tomar aquel rapé, ni otro alguno, aunque fuese en moderada dosis, sin romper en estornudos convulsivos. Sin embargo, sus grandes delicias consistían en extender una buena porción, por medio de un cor-taplumas, en una hoja de pergamino, rociar con té frío y luego ir aspirando con devoción aquella mezcla.

Embutida la nariz, pasaban tormentos desconocidos con tenacidad digna de mártires y bebiendo de cuando en cuando un vaso de cerveza para que tan gloriosa disipación fuese completa.

Sentado Pablo, y silencioso, al lado de su protector míster Toots, presenciaba con singular complacencia aquel enorme desenfreno; y cuando míster Feeder hablaba de los misterios de Londres, y cuando decía á míster Toots que iba á observar aquellos misterios por sí mismo, en todas sus ramificaciones, aprovechando las vacaciones próximas, para lo cual ya había tomado un cuarto donde vivir, en Peckham, en casa de dos señoras viejas, Pablo le contemplaba como á un héroe de un libro de aventuras terribles, y casi tenía miedo de semejante matasiete.

Habiendo entrado Pablo en el cuarto de Feeder un día, poco antes del comienzo de vacaciones, encontró á éste ocupado en llenar los blancos de una porción de cartas impresas, que iba plegando Toots, y de las cuales había cierto número ya cerradas y con la dirección puesta. Feeder, al ver á Pablo, dijo:

— ¡ Ah, ah! Dombey, ¿ dónde anda usted, dónde anda usted? — porque siempre le echaban de menos para los regocijos. Y, diciendo esto, cogió una de las cartas cerradas y se la dió, añadiendo:

— No nos hemos olvidado de usted; aquí tiene usted la suya.

— ¿ La mía? — dijo Pablo.

— Su invitación; — repuso Feeder.

Pablo miró la carta grabada, excepto el nombre y fecha, que eran de letra de M. Feeder, y leyó en ella que el doctor Blimber y señora tenían el honor de invitar á míster P. Dombey á pasar en su compañía la noche del miércoles diez y siete del corriente, á par-

tir de las siete y media, y que se bailarían. Toots le enseñó también otra carta idéntica en la que el doctor Blimber y señora le invitaban á él, Toots, á pasar en su compañía la noche del miércoles diez y siete del corriente, á partir de las siete y media, con la indicación de que se bailarían. Y luego Pablo vió otras cartas iguales encima de la mesa de Feeder, para Briggs, Tozer y los demás alumnos, invitados á pasar en compañía del doctor Blimber y señora la noche del diez y siete del corriente, con prevención del baile.

Por las explicaciones de Feeder, y con gran júbilo, supo Pablo que su hermana Florencia también era invitada; que aquella fiesta ponía término al periodo de estudios, y que á partir de aquella noche del diez y siete quedaban todos libres, y él, Pablo, podía marcharse con su hermana, si quería. Á esto interrumpió Pablo diciendo que, en efecto, le agradaría mucho marcharse. Feeder explicó al mismo tiempo á Pablo que era necesario contestar al doctor Blimber y señora, con la letra más elegante posible, que P. Dombey les agradecía mucho el honor que le hacían y que se complacería en concurrir á su cortés invitación. Finalmente, añadió Feeder, que no era correcto hacer alusión de ninguna clase á esta fiesta en presencia del doctor Blimber; que todos los preparativos y arreglos se estaban haciendo conforme á los principios clásicos, y que el doctor Blimber y señora, de una parte, y de otra los jóvenes invitados, no debían darse por enterados de nada.

Dió Pablo gracias á su amigo por las indicaciones que le hacía, guardóse la invitación en el bolsillo y se sentó al lado de Toots, como de costumbre. Pero Pablo no se sentía bien, hacía tiempo: tenía constante pesadez de cabeza, dolores más ó menos intensos.

Aquella tarde se encontraba peor, de tal modo que reclinó la cabeza apoyándola sobre las manos. Poco á poco fué inclinándose más hasta dar en las rodillas de Toots, donde quedó como si ya no hubiera de levantarse nunca.

No era esta una razón para quedarse sordo; pero á su parecer lo estuvo, sin duda, pues no se dió cuenta de lo que Feeder le decía al oído, sacudiéndole suavemente para despertar su atención. Cuando, por último, recuperó el sentido, vióse en presencia del doctor Blimber, que había venido al cuarto; advirtió que la ventana estaba abierta y que le habían humedecido la cara; pero no sabía de qué manera había sucedido aquello, era curioso.

— ¡ Ah, ah! ¿ Cómo se siente ahora mi amiguito? — preguntó el doctor Blimber con cariño.

— ¡ Muy bien; gracias, señor! — contestó Pablo.

Pero le parecía que el suelo no tenía su fijeza ordinaria, no lograba mantenerse derecho. Tampoco permanecían quietas las paredes; daban vueltas y vueltas, sólo se detenían cuando las miraba fijamente. Parecía más grande la cabeza de Toots y más lejana de lo que juzgaba natural; y cuando Toots le cogió en brazos para subirle hasta su cuarto, observó atónito que la puerta no se hallaba en su sitio y que Toots iba recto hacia la chimenea.

Era grande amabilidad de Toots el haberle llevado hasta su cuarto, y así se lo manifestó Pablo. Á lo que Toots repuso que aquello no valía la pena y que estaba dispuesto á hacer más, si podía. Demostró que podía, en efecto, pues ayudó á Pablo á desnudarse y á acostarse con la mayor delicadeza posible; luego se sentó junto á la cama y se echó á reír muy contento. En tanto, M. Feeder B. A., apoyado á los pies

de la cama, se pasaba sus huesosas manos por el pelo, y luego hizo ademán de entrar en pugilato con Pablo, en toda regla, dando á entender así su contento de ver á éste mejor; pero Pablo, ante aquellas demostraciones, no sabiendo si reir ó llorar, prorrumpió en ambas cosas.

Cómo desapareció Toots y cómo se transformó Feeder en mistress Pipchin, es cosa que nunca pensó en averiguar Pablo y que jamás profundizó. Lo único que hizo al ver que mistress Pipchin se encontraba donde antes había estado Feeder, fué gritarla: « Mistress Pipchin, no diga usted nada á Florencia ».

— ¿Qué no debo decir, Pablito? — preguntó la señora acercándose más y sentándose en una silla.

— Nada de mí; — contestó Pablo.

— No, no; — dijo mistress Pipchin.

— ¿Sabe usted lo que pienso hacer cuando sea mayor? — dijo Pablo tornándose hacia su interlocutora y poniendo sus manecitas cruzadas bajo su barbilla.

Mistress Pipchin contestó que no podía adivinarlo.

— Pues lo que pienso hacer — añadió Pablo — es poner todo mi dinero en un Banco, no preocuparme de ganar más y marcharme á vivir con Florencia en el campo, donde tenga un jardín con flores y árboles, pasando allí toda mi vida.

— ¡De veras! — exclamó mistress Pipchin.

— Si; — contestó Pablo, — eso es lo que pienso hacer cuando... Y se detuvo un instante como pensativo.

Mistress Pipchin examinó con su ojo gris aquella carita pensativa.

— ... Si llego á ser mayor; — concluyó Pablo. — Y en seguida se puso á hablar con mistress Pipchin de lo concerniente á la fiesta, á la invitación de Flo-

rencia, de cómo ésta produciría admiración entre sus condiscipulos, de que éstos eran muy buenos para él y le querían mucho, y de que él también les quería mucho y estaba muy contento. Luego habló de su análisis y dijo á mistress Pipchin que él, sin duda, era algo raro, puesto que lo decían, pero que tuviera la amabilidad de explicarle en qué consistía esto. Mistress Pipchin contestó que no había nada de eso, que él no tenía nada de raro; pero Pablo no quedó satisfecho, miró á mistress Pipchin con tan pénétrante mirada, que la vieja se vió obligada á levantarse como si tuviese que ver algo por la ventana.

Hallábase en el cuarto, junto al lecho de Pablo, un boticario, reposado y calmoso señor, á quien el doctor Blimber acostumbraba confiar los cuidados facultativos. Mistress Blimber también estaba allí. Cuándo habian entrado, era cosa que Pablo no hubiera podido decir; pero así que los vió se incorporó en la cama y se dispuso á contestar á las preguntas del boticario, no sin rogarle que de todo aquello no dijese nada á Florencia, porque tenía mucho empeño en que su hermana concurriese á la fiesta. Charló mucho con el boticario, y ambos se separaron como buenos amigos. Cuando cerró otra vez los ojos, echado, oyó — á menos que no fuera un sueño — que el boticario, en el cuarto inmediato, explicaba que aquello era falta de principio vital (¿qué será eso? se preguntó Pablo), y una debilidad constitucional muy grande. Puesto que el amiguito estaba encariñado con la idea de asistir á la reunión del diez y siete, había que dejarle este gusto, si no se ponía peor. Pero se alegraba de que el amiguito hubiese de ir á Londres, con su familia, el diez y ocho, según acababa de decirle mistress Pipchin; que, por lo demás, él escribiría á mister Dom-

hey, antes de dicho día, y luego de estudiar algo más el estado del niño; por el momento no había temor de... Pablo no pudo comprender la palabra. El amigo tenía una inteligencia despejada, siguió diciendo el boticario, pero era muy raro.

¿Muy raro? ¿Por qué? — tornó á decir Pablo. — ¿Por qué aquello que parecía tan evidente á todos resultaba para él tan obscuro?

No pudo comprenderlo ni continuar atormentándose con esfuerzos para explicárselo. Mistress Pipchin se le volvió á acercar, suponiendo que antes se hubiera alejado (le parecía que esta señora había salido con el doctor, pero tal vez no era más que un sueño) y ahora estaba delante de él, como por encanto, con una botella y un vaso en la mano, presentándole el contenido. Después tomó una gelatina muy buena que la misma mistress Pipchin se decidió á tornar á su casa, cediendo á las instancias del enfermo; y por lo mismo Briggs y Tozer se retiraron á acostarse. El pobre Briggs se lamentaba terriblemente pensando en su análisis, que él había descompuesto tanto como si hubiese pasado por alguna operación química; pero era muy bueno para Pablo, y lo mismo Tozer y todos los demás también, pues antes de retirarse á dormir fueron entrando en el cuarto de Pablo, diciéndole: «¿Cómo se encuentra usted ahora, Dombey? ¡Ánimo, amiguito!» y otras palabras semejantes. Cuando Briggs se acostó quedó desvelado pensando en su análisis. No estaba bien aquello. ¡Ni que se tratara del análisis de un asesino!... ¿Qué diría el doctor Blinder, si por verse tratado así perdiera su dinero semanal? Buena cosa es esta; ¡hacer trabajar todo el año á un pobre muchacho como si fuera un esclavo, y luego decir que es un perezoso! Y escamotearle dos

comidas por semana, para decir después que es un tragón... ¡Oh! ¡ya, ya! ¡Como que se iba á someter él á semejante trato!

Á la mañana siguiente, antes de los toques de bantín, subió el criado miope al cuarto de Pablo para avisarle de que podía seguir en la cama, lo que hizo Pablo con mucho gusto. Mistress Pipchin vino algo antes que el facultativo, y pocos momentos después la joven á quien Pablo había visto el primer día de su estancia en el colegio (¡qué lejos le parecía ya aquel tiempo!) ocupada en la limpieza de la escalera. Esta joven le traía el desayuno. Hubo luego consulta, muy lejos de él; ó tal vez soñaba nuevamente. Después entró en el cuarto el facultativo, seguido del doctor y de mistress Blimber, y dijo:

— Sí; opino, doctor Blimber, que este joven puede cerrar los libros desde ahora. Por lo demás, las vacaciones están al caer.

— No hay dificultad; — dijo el doctor dirigiéndose á su mujer. — Harás el favor de informar á Cornelia.

— Seguramente; — contestó mistress Blimber.

El facultativo se inclinó para examinar los ojos de Pablo, le tomó el pulso, le palpó la cabeza y el pecho, por el lado del corazón, demostrando tal interés, que Pablo le dijo:

— ¡Muchas gracias, señor!

— Nuestro amiguito — observó el doctor Blimber — no se ha quejado nada.

— ¡Oh, no! — contestó el facultativo. — No tenía por qué.

— ¿Le encuentra usted mucho mejor? — dijo el doctor Blimber.

— ¡ Oh, sí; está mucho mejor! — contestó el médico.

Pablo, entretanto, estaba pensando por qué razón se hallaría tan distraído el médico, al contestar á las preguntas que le hacía el doctor Blimber. Pero en aquel momento la mirada del médico se encontró con la de su enfermito, pensativo, y entonces, como saliendo de su abstracción, sonrió alegremente. Pablo se sonrió también y abandonó sus pensamientos.

Continuó en cama todo el día, dormitando, soñando, mirando á su amigo Toots. Al día siguiente se levantó y bajó á las habitaciones como de ordinario. Pero algo le había pasado al gran reloj. Un hombre estaba subido á una escalera, había quitado la esfera del reloj y escarbaba con herramientas entre las ruedas alumbrándose con una bujía. Era un gran acontecimiento para Pablo. Quería enterarse mejor y se sentó en el último peldaño para seguir con atención las operaciones: de cuando en cuando dirigía su vista á la esfera, que estaba en el suelo, apoyada contra la pared; la idea de que la esfera le miraba de reojo le producía cierto miedo.

El relojero era un hombre muy fino; así que al ver á Pablo le preguntó, desde su escalera:

— ¿ Cómo está usted?

Pablo entró en conversación con él, y le dijo que había estado algo malo. Roto así el hielo, Pablo hizo al relojero multitud de preguntas, concernientes á las campanas y relojes: si había personas en los campanarios de las iglesias para dar las horas del reloj por la noche; cómo era el toque de las campanas á muerto; si las campanas para este toque eran distintas de las que tocaban para la bodas ó si el diferente sonido no era más que aparente, por la imaginación

de los vivos. Finalmente, viendo que su nuevo conocido no estaba muy al tanto del cubrefuego, el toque de otros tiempos, le explicó en qué consistía esta institución. Luego le preguntó, como á hombre del oficio, qué le parecía de la idea que había tenido Alfredo el Grande, de medir el tiempo por medio de velas, quemando velas, apreciando lo que tardan en consumirse; á lo que el hombre contestó que si tal sucediera sería la ruina de los relojeros. Pablo siguió mirando hasta que el reloj recuperó su aspecto habitual y tornó á su pregunta monótona; el relojero recogió entonces sus herramientas, dió los buenos días á Pablo y se marchó. Sin embargo, antes de perderlo de vista observó Pablo que hablaba en voz baja con el criado, y le pareció que pronunciaba la palabra « raro ».

Otra vez « raro ». Todos decían la misma cosa y con aire triste. ¿ Qué era aquello?

Como no tenía que estudiar, pensaba en esto con frecuencia; no tanto, sin embargo, como lo hubiera hecho si no le hubiesen preocupado también otros pensamientos. Pero tenía muchos, y así se pasaba todo el día pensando.

Primeramente, Florencia iba á venir á la reunión. Todos los compañeros le querían y Florencia iba á verlo: esto alegraría á su hermana. Su idea principal era esta; era preciso que Florencia estuviera bien persuadida de que todos eran muy buenos para él, que él era predilecto entre todos; así Florencia pensaría sin pena en el tiempo pasado por él en casa del doctor. Así tendría Florencia menos sentimiento cuando se despidiese de ella para volver al colegio.

Para volver... Cien veces subió aquel día á su cuarto, despacito, sin hacer ruido con los pies, para